

Zeitschrift: Textiles suizos [Edición español]
Herausgeber: Oficina Suiza de Expansión Comercial
Band: - (1946)
Heft: 1

Artikel: Encaje de bolillos
Autor: Loeffler-Delachaux, Sra.
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-797869>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. [Siehe Rechtliche Hinweise.](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. [Voir Informations légales.](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. [See Legal notice.](#)

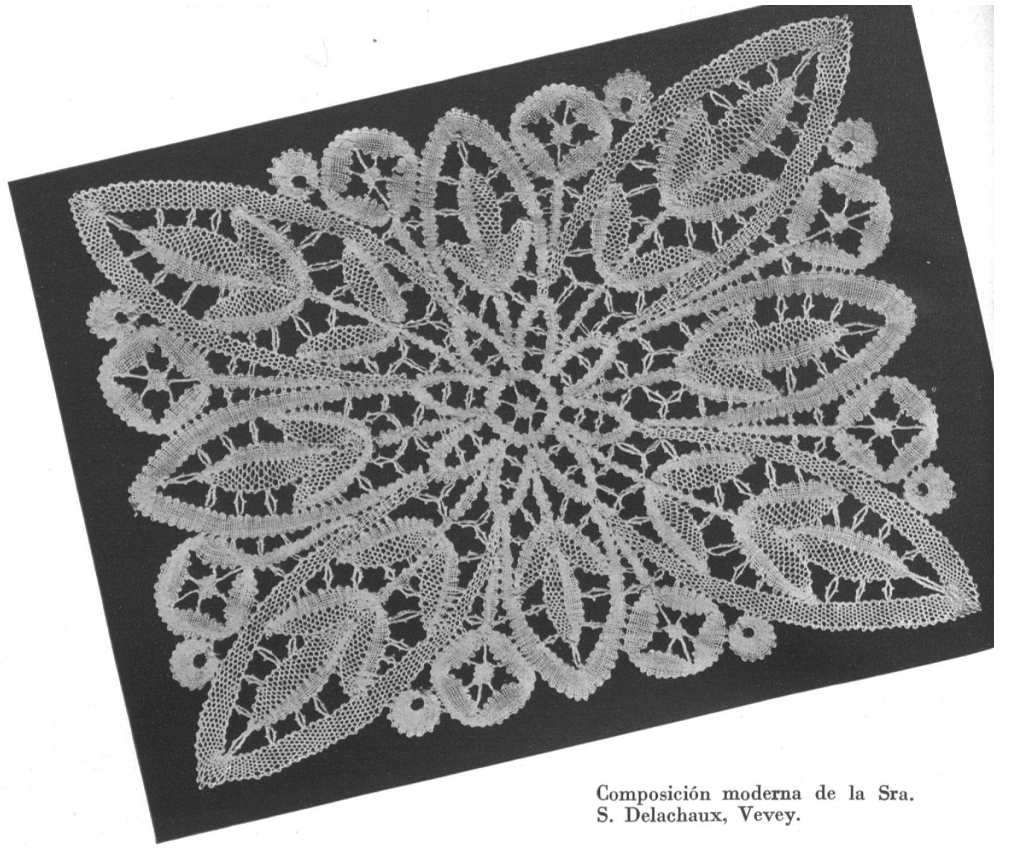
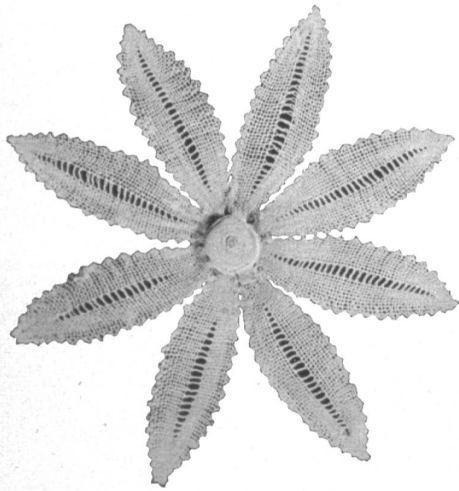
Download PDF: 04.04.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

ENCAJE DE BOLILLOS

Aunque el encaje de bolillos no cuente más para nada en la exportación de los textiles, sin embargo, es interesante hablar de este arte que se está extinguiendo en Suiza. Sus producciones, de las cuales reproducimos aquí algunos espécimen, son merecedoras de la tradicional reputación de elegancia que han alcanzado los textiles suizos, ya hace siglos. Esta fama ha pasado, hoy en día, a los bordados y encajes de producción industrial, cuyas magníficas muestras pueden admirarse, asimismo, en las páginas que siguen.





Composición moderna de la Sra. S. Delachaux, Vevey.

El siglo XVII dotó la Suiza de dos industrias de arte en relación con los textiles: la fabricación de las telas estampadas y el arte del encaje de bolillos. Tintura por medio de *moldes para estampar*, delicadamente tallados, que se aplicaban sobre la tela, después de haberlos embadurnados de color; hábil tejedura de hilos arácnidos: dos oficios muy diferentes, y para estos dos oficios, dos orígenes psicológicos totalmente opuestos.

Es para competir, en el terreno comercial, con las telas florecidas, importadas de las Indias, que Suiza se puso a producir sus tejidos estampados. Ya estaba preparada a ello por su industria nacional de la talla en madera, que le provee de grabadores de *moldes*. Pero en cambio, su industria del encaje de bolillos no deriva de consideraciones económicas. En la Gruyère, así como en el Cantón de Neuchâtel, — sus dos centros principales —, nació de una novela de amor, en el sentido más generoso de este término.

Se sabe que Colbert emprendió el perfeccionamiento de las industrias de su país llamando, a Francia, artesanos especializados. Venecia le suministró espejeros y encajeras. Esto es lo que la Historia dice. Pero la tradición popular suiza es más locuaz. Cuenta que ciertas encajeras, particularmente diestras, fueron raptadas, con cojinete y bolillos, porque no contestaban, con bastante diligencia, al llamamiento de Francia. Unas lograron escapar en el camino; otras, enfermas, tuvieron que suspender su viaje, a la ventura de las etapas, para ser atendidas. ¿ Leyenda? ; ¡ Tal vez! Pero, sin embargo, dos cosas son ciertas: todas las encajeras de Colbert no llegaron a su destino, y la industria del encaje de bolillos

hizo pie en Suiza, detrás del puerto del Sanetch, que une el Valais a la Gruyère, cuando su éxodo. Por otra parte, la forma del bastidor de encaje de la Gruyère, es la reproducción exacta del cojinete de la Riviera italiana; tiene, en el medio, un rodillete que gira sobre sí mismo a medida que la labor adelanta. No hay que sorprenderse, después de eso, de las historias conmovedoras que se oyen en los chalets, cuentos de amor, relatos de guapas chicas rendidas, acogidas por los campesinos, y que en pago de agradecimiento, enseñaron a sus huéspedes su arte.

Y es también un cuento de destierro que valió al Cantón de Neuchâtel — principalmente a las Montañas, que están más cerca de la frontera — su industria de la *dédliette*, nombre dialectal del encaje. Fué el amable regalo de las refugiadas de la revocación del Edicto de Nantes. Aquellas protestantes introdujeron, en esa región, el cojinete plano, de tres *bolets* intercambiables, que denominaban *cojinete cuadrado*. Para las mujeres muy pobres, el cojinete o bastidor de encajera fué, a veces, reemplazado por un pedazo de turba del Valle de los Puentes, forrado de tela. Eso venía muy bien al caso, porque los alfileres se clavaban en él tan fácilmente como en el salvado que llenaba los *bolets* de los cojinetes auténticos.

Durante mucho tiempo, hubo una diferencia esencial entre los encajes del Cantón de Neuchâtel y los de la Gruyère. Los primeros eran *blondas*; los segundos, encajes de seda negra, destinados especialmente a adornar las cofias del terruño. Hacia mediados del siglo XVIII, la *blonda* ocupaba, en el Cantón de Neuchâtel a, 2793 encajeras y 182 hilanderas de lino.

Durante el día, la mayor parte de esas mujeres trabajaban, sentadas delante de la ventana; por la noche, varias de ellas, se congregaban al rededor de una lámpara de aceite. Para comprender cómo podía bastarles esa pobre luminaria, se ha de saber que los relojeros de Neuchâtel habían introducido, en sus talleres, el uso del globo de cristal, lleno de agua azul, que, colocado entre la llama y lo que se quiere alumbrar, hace, en cierto modo, de lente. Pidiendo prestado ese objeto a sus maridos, las encajeras lograban condensar, en su labor, una luz suficiente. Se pueden ver aún dichos globos en algunos museos regionales.

Para hacer ciertos encajes, de suma fineza, había que trabajar en sótanos porque el hilo permaneciera húmedo y se rompiera menos. Se dirá que un lindo huso de boj pesa muy poquito. Es cierto. Pero para hacer ciertas pañoletas, que estaban de moda en el siglo XVIII, se necesitaban, a veces, ciento o mil husos. A fin de despejar el sitio en labor, la obrera tenía que atarlos, por puñaditos, con una cinta que doblaba hacia atrás hasta que pudiera volver a cogerlos. Esos hacesitos eran pesados, y un solo hilo roto en una blonda, podía comprometer la labor de varios días. Entonces, para hacer el hilo más resistente, la obrera sacrificaba su propia salud y vivía lejos del sol.

El ruidito de los husos es hechicero. Ocurrió un día en que el relojero de Neuchâtel, dejando su lima y sus pinzas, se sentó ante el bastidor de las mujeres para hacer *dédliette*. Se instituyó uno a modo de matriarcado que dió resultados bastante buenos. Los hombres hacían los tules, que exigían destreza y paciencia; cuando el dibujo de un adorno aparecía en la *piquée*, dejaban el asiento a las mujeres. Le ocurrió a las encajeras de Neuchâtel hacer aprendices de calidad. Jean-Jacques Rousseau dejó que la Señorita d'Yvernois le pusiera en las manos husos, y logró tejer, muy correctamente, cintas al punto de tela. Cuando su iniciadora en *dédliette* se casó, le regaló una cinta: «Este es, Señorita, el hermoso presente que ha deseado Vd. No olvide que llevar una cinta, tejida por la mano que trazó los deberes de las madres, es comprometerse a cumplirlos.»

Era una hermosa cinta, de dos colores, de textura

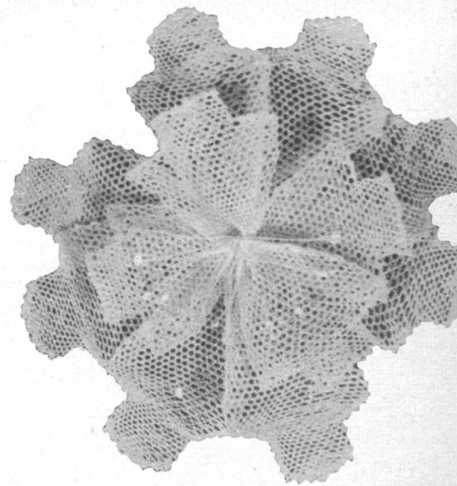
apretada, prueba de conmovedora buena voluntad. Otra cinta de Rousseau fué ofrecida al Príncipe real de Prusia, en 1819.

El pueblo de Rougemont, en el «Pays d'Enhaut», se especializó en la fabricación de un encaje de seda negra, de grandes agujeros, que salvaba el puerto del Sanetch, cruzaba el valle del Ródano, y se iba a adornar las cofias de Savièze. Durante mucho tiempo, el encaje del «Pays d'Enhaut» pasó de mano a mano, por vía de intercambio. Una feria de encajes se efectuaba, cada año, en Gsteig. Las mujeres del «Pays d'Enhaut» iban a ella a pie, abriéndose paso por la nieve espesa, con sus tesoros alrededor del cuerpo, y las del Valais, salvaban, animosamente, la cordillera (en la cual Ramuz ha situado la acción de su novela, *la Séparation des Races*), llevando a cuestras artículos de intercambio.

En el siglo XIX, varios factores se opusieron al desarrollo de la industria del encaje: leyes suntuarias, mudanza de los trajes regionales por vestidos «de moda»; desaparición de las cofias, maquinaria, separación, cada vez más grande, entre los precios de coste y las posibilidades de compra.

Esta fué la vuelta que orientó este arte encantador hacia nuevas posibilidades. La técnica del encaje de bolillos no podía ser transformada; también era imposible inventar nuevos *puntos*, lo que es por lo demás, innecesario, los puntos clásicos satisfacen todas las necesidades. En cambio, podían renovar enteramente los dibujos, y, al mismo tiempo, llevar el encaje de adorno, que durante varios siglos había guarnecido cofias y chorreras, a la decoración de las casas. Y esto es lo que se hace hoy.

Sra. LÖEFFLER-DELACHAUX.



Composición de la Sra. S. Delachaux, Vevey.

